



Los troncos caídos forman ríos sinuosos en el monte. (Foto LOLO)



Caminos en las laderas. (Foto LOLO)

Con los leñadores de Nocedo

LOS HOMBRES QUE TALAN LOS BOSQUES DE ASTURIAS, PARA CONVERTIR AL ARBOL EN LIBRO O CAJA

HABIA una vez un leñador... Así comenzaban muchos de nuestros cuentos infantiles. Al conjuro de estas palabras iban surgiendo ante nosotros el bosque de árboles nudosos, la cabaña de troncos, el hombre de la barba, pantalón de peto y el hacha siempre sobre el hombro...

El "jeep" trepa saltando sobre las irregularidades de la pista mordida al monte, las vibraciones del volante se hacen más intensas por momentos, parece que en cualquier instante nuestro potro de hierro va a desbocarse por entre las filas de árboles aún en pie. Pero unas manos le atan, dominando la galopada ascendente. Son una manos fuertes surcadas por caminos sinuosos de venas. Son las manos de Luis Fuente Pérez, un hombre que —a su propio decir— comenzó muy tarde en esto. Pero un buen día cambió los tallos verdes de sus tierras del alto Santander, por los otros tallos leñosos de corteza dura en el monte de pinos. Y así se encontró convertido en contratista de destajistas de "Alvarez Forestal", una empresa santanderina dedicada a la corta de madera.

Con él nos hemos lanzado, cruzando hacia arriba las trochas que rasó la arcea o pisó el rebeco en su huida, para conocer algo de estos leñadores reales. Sin pantalón de peto y tirantes ni gran hacha siempre al hombro, cambiados por los "blue-jeans" y la motosierra mecánica.

CAMINOS EN EL MONTE

En la falda hay un desconche que tiempos atrás fue arenoso; aquello será dentro de poco punto de carga para los grandes tres ejes encargados de llevar los troncos muertos hasta la factoría.

Pero hasta el antiguo arenoso hay mucho camino que recorrer por la pequeña sierra montañosa.

Una pista longitudinal atraviesa el espinazo de Nocedo. Hacia ella van llegando, empujados por la fuerza de la excavadora, una red de accesos desde todas las direcciones que blanquean sobre el verde oscuro de las lomas. Por ellos circularán las ágiles y potentes carroceras, verdaderos carros de batalla en esta lid con olor a resina.

Una batalla que ha de mover mucho dinero. Solamente la mano de obra alcanzará los trece millones de pesetas, la puesta en fábrica de otros tres más, dos de transporte y otros dos de las pistas abiertas.

En "Sniace" de Torrelavega la madera será convertida en pasta que consolidará en papel especial, de segunda, cartónaje o fibra.

La pala levanta en vilo los árboles y los deposita como hierbas a los lados. La nueva arteria de la red se conforma poco a poco.

Los pinos de veintiséis años han quedado tendidos en el escenario de la lucha.

LOS HOMBRES

Son de todos los puntos de la rosa de vientos; sus voces tienen el gracejo andaluz y la sobriedad castellana.

—En el pueblo no había trabajo y no hemo venío pa cá con el zeñó Lui". —Nos cuentan unos muchachos de Algeciras.

Tienen todas las edades. Unos comienzan ahora y el zeñó Lui, como le llamaban los muchachos andaluces, les asesoró en el manejo de la pala o la inclinación de la sierra.

Trabajan a destajo, de sol a sol. Por metros lineales o estériles totalmente terminados. Aquí no hay nombre de lunes

ni martes, sólo una jornada y otra entre salida y puesta de sol.

Los troncos sin corteza forman ríos paralelos y sinuosos sobre los calveros de los picos. Las cuadrillas de tres o de cinco hombres trabajan en sus parcelas; la espalda doblada, el torso desnudo, casi sin hablar.

Laureano, Valeriano y Manuel son tres santanderinos, los dos últimos ya veteranos en el oficio. Han hecho un alto para merendar. Pan, queso, embutido y unos tientos a la bota de vino fresco. Valeriano



La cocina, improvisada al lado de un pino. (Foto LOLO)

y Manuel han estado cortando madera en Francia y Suiza. A Valeriano le dicen el "Varas", en esta reducida comunidad de a tres. Es un hombre locuaz como pocos; nos ofra-

ce la bota mientras cuenta incidencias de la rutina diaria. —Mire, nosotros siempre hemos estado en esto. Desde chavales. Fuimos a Francia, pero trabajando siempre en lo mis-

mo. Lo que pasa es que tuvimos mala suerte con los accidentes. Además en este trabajo se gana lo mismo aquí que allí. —Pero, ¿no es muy duro?

¿No lo cambiaría por otro? —Bueno es cuando estamos en ello. No cambio esto por nada. No digo que no sea duro, pero ya estamos acostumbrados. Yo la ciudad no la

resisto, eso de la contaminación no es para mí. Aquí, aquí sí se respira bien.

—¿Cuál es el horario de un día normal?

—Nos levantamos rayando el alba, tomamos la parva y a trabajar. Desayunamos hasta las ocho y nuevamente trabajo hasta la hora de comer, después una siesta. No tenemos quien nos apure. Yo digo que no nos debíamos de llamar cuadrilla, sino socios. Por que ingresamos según trabajemos. Por la tarde hacemos un alto para la merienda y damos la faena cuando la poca luz no nos permite seguir.

El cocinero es Manuel. A lado de un pino montó su improvisada cocina, del tronco cuelgan las sartenes y el reducido menaje.

—¿En qué consistirá el menú de este restaurante de campaña?

—Para el desayuno unos lozanos con tomate y huevos. A la comida el pote de alubias o garbanzos con chorizo y tocino, la merienda de fiambres y queso. Todo ello regado con buen vino.

De nuevo el jeep, la pista y los botes de uno a otro lado. Hemos de recorrer todas las cuadrillas.

Vamos dejando a cada una el botiquín de urgencia, vendas, gasa, alcohol, mercurioma... Las sierras que continúan el canto, los palotes que voltean el tronco desnudándolo de corteza, la bota de vino que corre regando las gargantas resacas.

Son gentes de Algeciras, de Hoyos y Acebo, en Cáceres, de La Truela en Jaén, tal vez de Badajoz, Plasencia o Santander.

Se llaman Julián, Gregorio, Martín o Antonio. En verano pelan los montes del norte de su cabellera verde, en otoño recogen aceituna y se van a sus hogares a llevar la alegría ganada con muchos sudores.

Al paso hay una cuadrilla de Cáceres. Son tres. Terminan cuatrocientas piezas diarias y cada una de ellas deja en su cuenta diez pesetas.

Junto a las cocinas la ropa lavada en la fuente que brota en la roca y se escurre por el cuenco de una hoja. La ropa al sol, y los cuerpos brillantes de sudor afanándose, tumbando y desvistiendo troncos, el sordo golpear de la caída bajo la mordedura de la motosierra, el olor a resina que emborracha.

Vamos a dar la vueltita. Sucena una voz.

—"Zeñó Lui! Echeme usté esta carta y la lista del suministro".

Catorce kilogramos de tocino, doce libras de chocolate, diez docenas de huevos de primera, dos kilogramos de queso manchego y dos de cabrales, quince botes de tomate, callos, bonito y una barrica de vino de cien litros.

El volante trepida esquivando las piedras, atajando los arroyos. De entre el cantar de las sierras monte arriba se escapan las florituras de un lamentito flamenco.

Había una vez un leñador...



La pala levanta los árboles y los aparta para formar caminos. (Foto LOLO)



Los troncos son despojados de las ramas para pelarlos. (Foto LOLO)

Dionisio PEDRO GONZALEZ
Fotos LOLO